

NOTA NECROLOGICA

JOHN MAYNARD KEYNES: 1883-1946

La reciente desaparición —el 21 de abril pasado— del renombrado economista inglés, John Maynard Keynes, es una pérdida sólo comparable a la de economistas del calibre de Smith, Ricardo, Malthus, Mill, Marx, Marshall y un puñado más, cada uno de ellos autor de una aportación inmortal al pensamiento económico y al progreso del mundo entero, por su vigorosa argumentación y persuasión, por sus inmejorables escritos y por su interés en los asuntos de estado y en el bienestar de los pueblos. Keynes era un titán de la economía contemporánea; un hombre que no sólo sobresalía en estatura física y humana —pues era alto y su porte el de un hombre que no hacía esfuerzo alguno para dirigir su mirada amable a su interlocutor— sino en estatura intelectual, pues su cultura era vasta y lo mismo era capaz de contender con los miembros de su profesión que con matemáticos, estadistas, literatos, filósofos y artistas (a quienes siempre profesó una admiración que, entre otras cosas, fructificó en su matrimonio con célebre bailarina rusa y en su patrocinio del ballet en su país). Quizá se sintiera a veces derrotado por los abogados, pero no inferior a ellos, y así lo expresó en cierta ocasión reciente, al concluirse la Conferencia de Bretton Woods; pero su actitud hacia ellos se debía sin duda a su repugnancia por los rodeos y los embrollos terminológicos. Keynes era un hombre de pensamiento extraordinariamente rápido y claro: en la exposición de sus ideas, verbalmente o por escrito, jamás dijo las cosas salvo como eran, actitud que le valió sin duda miles de contrariedades, desde su dimisión del cargo que ocupaba en el Supremo Consejo Económico en 1919 hasta las últimas controversias en que participó en Inglaterra a raíz del acuerdo financiero angloamericano de diciembre del año pasado. Su obra valiente y reveladora, *Las Consecuencias Económicas de la Paz*, y sus últimos discursos en la Cámara de los Lores en defensa del préstamo negociado por

JOHN MAYNARD KEYNES

él en Estados Unidos atestiguan la firmeza de principios y la limpieza de expresión que siempre le caracterizaron.

Keynes debe haber pasado a mejor vida con la profunda satisfacción de haber visto convertido en realidad uno de sus mayores anhelos: el de que no volvieran a repetirse los sucesos caóticos que, en lo económico, coartaron la paz de 1919 y predispusieron al mundo contra una convivencia económica amigable. Fué singularmente feliz el hecho de que quien en 1920 hacía sombrías advertencias sobre la resolución de los problemas económicos de la guerra de entonces y sobre los nuevos problemas que se creaban —sus presagios se realizaron y le valieron el sobrenombre de Casandra— llegara a desempeñar un papel tan importante en los arreglos económicos internacionales de la reciente contienda y de la nueva paz. Si después de 1919 Inglaterra ya no supo o quiso usar a Keynes, en 1940 lo llamó para que diera empleo práctico a su sabiduría. Quien fué rebelde durante varios lustros llevó en un momento de crisis nacional e internacional todo el peso de su intelecto al servicio del gobierno, poniéndose por encima de intereses y partidos. Y puede afirmarse que muy pocas medidas económicas, monetarias y financieras del gobierno inglés, internas y externas, no llevaron su sello a partir de entonces, desde el “plan Keynes” de ahorros diferidos, que dió a conocer en el periódico *The Times* a fines de 1939, hasta el “plan Keynes” —atribuido principalmente a él— para crear una Unión Internacional de Compensación, publicado en 1943 y que prohió, junto con un plan norteamericano, los acuerdos adoptados en la Conferencia de Bretton Woods. La historia financiera de los últimos años, cuando se escriba, nos revelará el papel desempeñado por Keynes en el convenio de préstamos y arrendamientos, en el arreglo de las deudas de guerra, en los recientes acuerdos angloamericano y anglocanadiense, en los múltiples acuerdos de pagos y monetarios entre Inglaterra y otros países y en el prodigioso esfuerzo bélico inglés, que comprendió la movilización del último

EL TRIMESTRE ECONOMICO

recurso interno y del último penique que ese país poseía en el exterior.

Pero naturalmente que la influencia de Keynes va mucho más allá de su intervención reciente en las actividades oficiales. Aparte de sus múltiples aportaciones a las controversias económicas y monetarias anteriores a 1932, el mundo le debe el redescubrimiento del principio —enunciado por Malthus cien años antes, pero olvidado casi por todos— de la demanda efectiva, redescubrimiento que le llevó a propugnar la política de gastos públicos como medio de sostener la actividad económica en épocas de depresión y a formular una doctrina que sacudió en sus cimientos a las teorías clásicas y revolucionó el pensamiento contemporáneo: la *Teoría General* contenida en su portentosa obra del mismo nombre. Pese a las controversias que aún subsisten sobre ese libro, pese a los duros ataques a diestra y siniestra ¿quién puede afirmar hoy día que no es algo keynesiano, si no bastante keynesiano? Escribiendo sobre Malthus, Keynes exclamó una vez: “¡Si sólo Malthus y no Ricardo hubiera sido el tronco del que arrancó la economía del siglo xix, cuanto más rico y sabio sería el mundo de hoy!” Parafraseándolo, podemos decir, sin exagerar ¡cuánto más rico y sabio será el mundo de mañana ahora que Keynes ha encarrilado la economía del siglo xx por el sendero de Malthus otra vez!

Por supuesto que la *Teoría General* de Keynes es algo más complejo que una simple rehabilitación de la demanda efectiva como principio rector de las altas y bajas de la vida económica: ahorro igual inversión, multiplicador, propensión marginal al consumo, **preferencia por la liquidez**, eficiencia marginal del capital son términos que no es raro encontrar en los discursos políticos del día, no ya en los escritos económicos de cualquier país. Con Keynes en 1936, cuando publicó su *Teoría General*, nació una luz que ha iluminado la política de gobierno tras gobierno que, de sólo conocer las armas monetarias antes disponibles, se habría cruzado de brazos.

Mucha de la oposición teórica a Keynes —y de la confusión—

JOHN MAYNARD KEYNES

se debió a que en su *Teoría General* cambió radical y valientemente sus ideas anteriores, al grado de que quien se lo proponga puede citarlo para demostrar que Keynes contradice a Keynes ¡La economía es una cuestión muy peligrosa! —como él dijo también de Malthus. Pero creo que los historiadores económicos del futuro verán en la evolución de sus ideas tanto consistencia como continuidad; nunca fué ortodoxo; antes bien, llegó a su meta heterodoxa a paso y medida, rectificando errores y con visión del futuro. Hombre precavido y de rápido pensamiento, siempre tenía argumentos y contraargumentos, lo que dió origen a la anécdota, probablemente apócrifa, de que durante las discusiones en la Universidad de Cambridge entre Keynes y otros cinco economistas, se sostenían *siete* puntos de vista distintos, dos de ellos tenidos por Keynes. Mas no importa cuántas fueran sus opiniones, sus fines no fueron jamás otros que la búsqueda de la verdad. Y si esa verdad había que verla a la corta y no sólo a la larga —“a la larga ya todos estamos muertos” reza una de sus célebres frases—, Keynes tenía que usar de todos sus recursos dialécticos para hacer comprender el cambio en su pensamiento y vencer la resistencia psicológica al abandono de las viejas ideas clásicas ricardianas. “La dificultad reside —escribió Keynes en el prólogo a su *Teoría General*— no en las ideas nuevas, sino en rehuir las viejas que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas, como la mayoría de nosotros” —frase que deberíamos inscribir en todas nuestras aulas.

Keynes fué producto de la escuela económica de Cambridge y su educación económica primera cae indudablemente dentro de la tradición marshalliana, con sus dosis correcta de matemáticas y de filosofía, aunque debió sentir una atracción irresistible hacia el primero de los economistas de Cambridge, nada menos que Malthus, atracción que tuvo las consecuencias afortunadas que todos conocemos. Y quizá tanto de Malthus como de Marshall heredó Keynes —y desarrolló hasta alcanzar extremos nunca previstos por

EL TRIMESTRE ECONOMICO

sus maestros— su tendencia a excursionar fuera de los campos de la teoría pura y del claustro académico desde temprana edad. Así Keynes fué algo más que economista: fué estadista, filósofo social y arquitecto del mundo moderno. Su actividad académica en los últimos diez años fué escasa, aunque seguía siendo miembro de la Facultad de King's College, en Cambridge. En noviembre de 1939 dió un curso de seis conferencias sobre el financiamiento de la guerra, en que expuso su plan de ahorros diferidos. Fué la primera vez que muchos de los que entonces estudiábamos allá le oímos y vimos, y a todos nos sorprendió su brillantez de exposición, su tono convincente y su voz amable. Nuevamente me tocó oírle en la Conferencia de Bretton Woods, donde las mismas tres cualidades, a más de contribuir indeciblemente al éxito de las conferencias, le ganaron en la sesión de clausura la más grande ovación tributada a ninguno de los participantes en esa reunión. Keynes fué allí un maestro oído siempre con respeto, fué un hábil negociador y un gran conciliador de opiniones; a su energía y tenacidad se debió que más de una vez no se estancara la conferencia y que, antes al contrario, se le diera en ocasiones un ritmo veloz que hiciera a algunos pensar que Keynes era un autócrata. Pero esto último distaba mucho de la verdad. Impaciente a veces, quizá —sobre todo con quienes no querían entender—; pero convencido de la necesidad de lograr un acuerdo colectivo bajo el imperio de la razón. Sin duda alguna la obra de Bretton Woods —los males económicos que evite a las generaciones futuras— será un monumento viviente a Keynes y a su visión e inteligencia.

Quienes han conocido a Keynes de cerca, como maestro o como jefe, refieren que su encanto personal y su afabilidad sincera eran extraordinarios, y su conversación siempre vivaz, inteligente y salpicada de buen humor. Se me ha referido que, en Ottawa, en 1944, en un banquete conmemorativo del 250 aniversario de la fundación del Banco de Inglaterra, de cuyo consejo de gobernadores Keynes era miembro, mantuvo la atención ininterrumpida de los comensales

JOHN MAYNARD KEYNES

durante una sobremesa de varias horas sin agotar su fondo de anécdotas sobre la "Vieja Dama de la Calle Threadneedle". En sus últimos años, Keynes trabajó infatigablemente, a cualquier hora del día o de la noche, en tierra o en alta mar. Quizá presintiera que no le quedaban muchos meses para seguir convirtiendo sus ideas en "planes" y sus planes en realidad. Murió tal vez extenuado por el trabajo, en pos de los ideales que siempre le animaron y dejando tras de sí una estela que permitirá a muchos seguir sus pasos.

Su obra es demasiado grande y compleja para que aún podamos apreciarla debidamente. Se necesitaría evaluar no sólo lo que ha escrito, dicho y hecho, sino la influencia que ha ejercido tanto en la formación de nuevas generaciones de economistas, directamente y mediante su dirección por muchos años del *Economic Journal*, como en la educación de hombres de estado y políticos, funcionarios públicos y diplomáticos. Se esté o no de acuerdo con sus doctrinas, el hecho es que despertó de su letargo a la complaciente economía de tradición clásica y puso a los economistas de todo el mundo a pensar en cosas nuevas y a dudar de las viejas. Su paso por el mundo ha sido saludable.

En nuestro mundo de habla española apenas si en los últimos años principia a conocerse y divulgarse el pensamiento keynesiano: su *Teoría General* empieza ya a penetrar en las enseñanzas de las escuelas latinoamericanas y a dar un sentido más realista a la preparación de los miembros de nuestra profesión. La última vez que me tocó ver a Keynes fué el año pasado durante un encuentro casual en Wáshington. Al despedirme le dije que acababa de salir una segunda edición en español de su *Teoría General*, y me expresó su satisfacción por ese hecho, añadiendo que era entonces la única edición en existencia en todo el mundo, pues se había agotado por el momento la edición en inglés. Y no deja de tener significación esta circunstancia, pues si en alguna parte del mundo hace todavía

EL TRIMESTRE ECONOMICO

falta una buena dosis de economía keynesiana, adaptada a nuestras realidades fundamentales, es en Iberoamérica. ¡Pueda el futuro permitirnos recoger las enseñanzas de este gran economista que laboró en bien de la humanidad entera, y coloquémoslo desde ahora al lado de los otros grandes maestros de la economía que hoy tenemos por guía!

VÍCTOR L. URQUIDI

México, D. F., 6 de mayo de 1946.

PRINCIPALES OBRAS DE JOHN MAYNARD KEYNES

Los libros más importantes publicados por Keynes son los siguientes: *Indian Currency and Finance* (1913); *Consecuencias Económicas de la Paz* (1919), traducido a los idiomas francés, alemán, italiano, español, holandés, flamenco, danés, sueco, rumano, ruso y chino; *A Treatise on Probability* (1921); *A Revision of the Treaty* (1922); *A Tract on Monetary Reform* (1923); *The End of Laissez-Faire* (1926); *A Treatise on Money* (1930); *Essays in Persuasion* (1931); *Essays in Biography* (1933); *The Means to Prosperity* (1933); *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* (1936), traducido al español en 1943; y *How to Pay for the War* (1940).

Además de las obras anteriores, Keynes publicó innumerables artículos en las principales revistas económicas y de actualidad, así como en periódicos, lo mismo de Inglaterra que de Estados Unidos y algunos otros países. Colaboró asimismo en la redacción de numerosos informes oficiales del gobierno inglés.

El Trimestre Económico ha sido honrado con tres trabajos suyos: "La autosuficiencia nacional" (I: 174), "El futuro de los cambios internacionales" (III: 104) y "El plan inglés", texto de su discurso inaugural en la Cámara de los Lores el 18 de mayo de 1943 explicando el "plan Keynes" para crear una Unión Internacional de Compensación (X: 417).